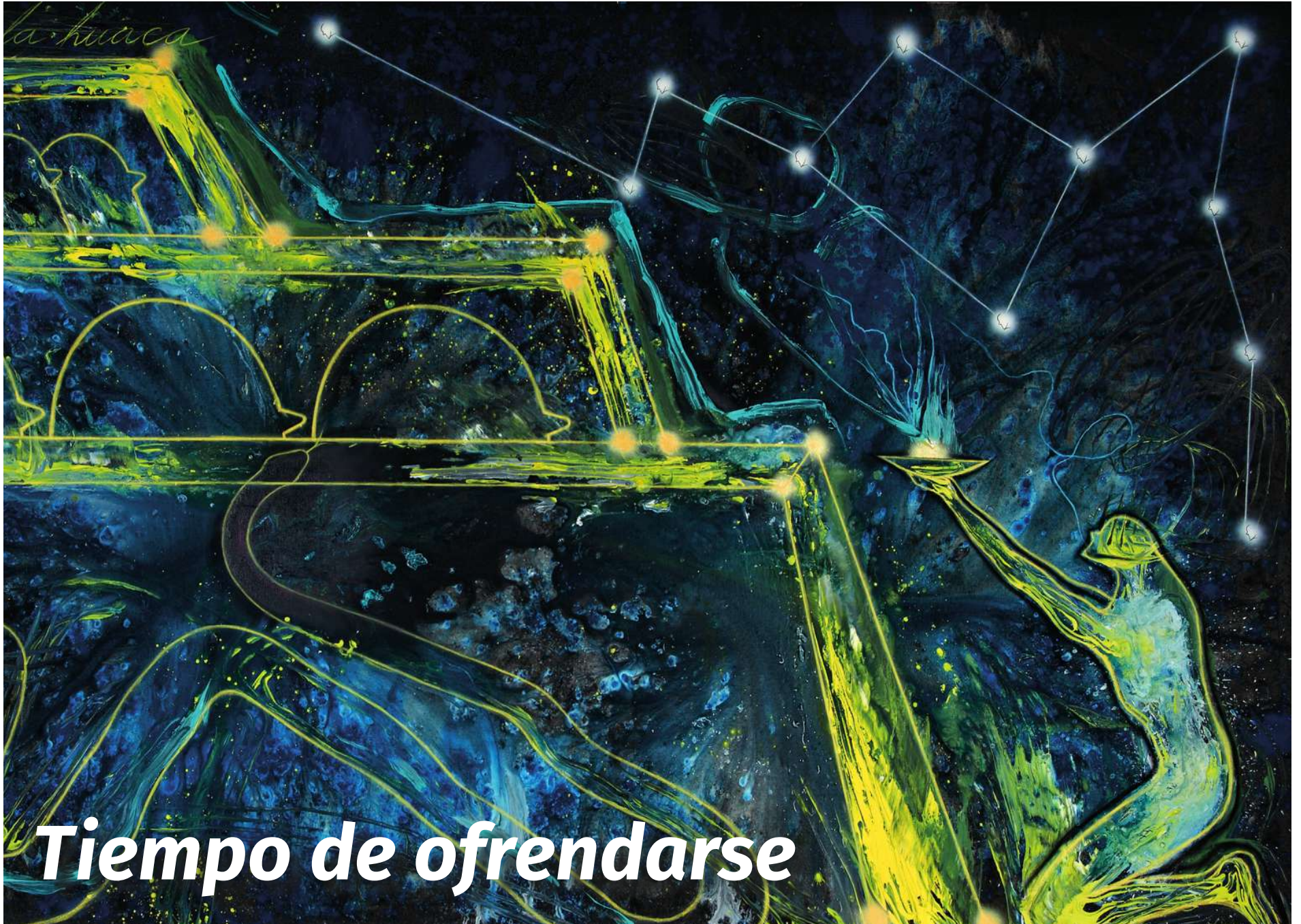


el ojo interior

SEMILLAS PARA LA **CONSCIENCIA** CIUDADANA



Tiempo de ofrendarse

Distribución Gratuita



AHAD
Consultoría Integral



Promoviendo el compromiso con la Educación, la Salud y la Protección de la Naturaleza

*Cuando el último árbol sea talado,
cuando el último río sea envenenado,
y cuando el último animal sea asesinado
solo entonces descubrirás
que el dinero no se come*

SABIDURÍA NATIVA AMERICANA

Gran Misterio,
enséñame a confiar
en mi corazón,
en mi mente,
en mi intuición,
en mi sabiduría interna,
en los sentidos de mi cuerpo,
en las bendiciones de mi espíritu.

Enséñame a confiar
para que pueda entrar en mi espacio sagrado
y amar más allá de mi miedo,
y así caminar en la belleza
con el paso de cada glorioso sol.

Fuente: ORACIÓN LAKOTA

El corazón sabio

El refinamiento del ser humano desde el metal base hasta el oro, lleva tiempo, lleva paciencia, lleva dedicación y lleva la intención por la que una persona puede transformarse a sí misma, si quiere, de una persona inútil en una persona valiosa.

¿Valiosa para quién?

Valiosa para sí misma, para su familia, para su comunidad. Por lo tanto, no estamos hablando de una rígida adhesión a una forma particular de conducta. Hablamos de una disciplina con la que una persona, observándose, puede encontrar sus puntos fuertes y desarrollarlos, y encontrar sus puntos

débiles y eliminarlos. Y crear una forma coherente de conducta, una forma coherente de creencia. No se trata de esperar un acontecimiento sobrenatural, sino de actuar con paciencia y fortaleciendo una fuerza interior que lo sostenga en los momentos de estrés, angustia, tensión y confusión.

No se entra en un estado sobrenatural, se entra en un estado natural. Natural porque se estarán relacionando consigo mismos, con su ser interno, y estarán empezando a comprender cómo se encuentran en relación con Dios.

OMAR ALÍ SHAH



LA MARCA DEL ÁNGEL

Dice un viejo cuento sufí que cuando un niño está en el vientre de su madre contiene en sí mismo todo el conocimiento. Sabe cuántas estrellas hay en el firmamento, cuántas gotas de agua contienen los océanos y cuántos granos de arena cubren todos los desiertos. Conoce los misterios del cielo y las estrellas, y conoce hasta la última letra de todos los libros sagrados. No hay misterio sobre la faz de la tierra que desconozca, ni misterio en el cielo o en el mar que no pueda resolver. Pero cuando está a punto de nacer, un ángel baja del cielo y colocando un dedo sobre sus labios sella todo su conocimiento dentro de él, y le susurra una sola palabra: "APRENDE".

FUENTE: TRADICIÓN SUFÍ

Las dimensiones del tiempo

Jorge Chávez Peralta

Comprender el tiempo constituye el mayor arcano. Nos acompaña como la sombra al cuerpo; pero, si nos preguntamos cuál es su naturaleza, resulta inexplicable con argumentos lógicos. El mito griego ofrece un atisbo. El titán Cronos, hijo de Urano (el Cielo) con Gea (la Tierra), azuzado por su madre, cercenó los testículos de su padre y los echó al mar. La etimología, cronos, por eso, se asocia con “cortar”, dividir, truncar. Desde una perspectiva ontológica, la desvirilización del Cielo aludiría a una ruptura con lo divino. El acto de Cronos recuerra la “caída” adámica y su castigo: la entrada del hombre al tiempo ordinario y su condición perecedera.

Los cuerpos ofrecen tres dimensiones: largura, anchura y altura. Existen siempre en el presente. Su durabilidad se extiende a una serie de “ahoras”, llámense días, meses o años. En algún momento el objeto desaparecerá. ¿A dónde se traslada? Imposible saberlo. La física moderna ha descubierto una cuarta dimensión: el tiempo. Actualmente, espacio y tiempo ya no se conciben como realidades separadas¹; por lo tanto, el tiempo sería el útero y la tumba de la Creación.

El hombre es la única criatura consciente de su transitoriedad y teme la muerte más que cualquier amenaza; sin embargo, también intuye la posibilidad de otro tiempo que podría otorgarle inmortalidad: la eternidad. De esas dos percepciones trataremos a continuación.

El tiempo ilusorio

El de los relojes se caracteriza por su subjetividad. Cómo sentimos su duración depende de la circunstancia. Si estamos sumidos en una actividad absorbente o placentera, una hora se reduce a un minuto; en una incómoda o dolorosa, la percepción se invierte. Este tiempo existe en la mente, como un registro secuencial de nuestras experiencias.

Su funcionamiento ofrece una constante: el presente se convierte en pasado y el futuro nunca llega. Así, el pasado nos parece lo único real y crea nuestra identidad. Somos lo que fuimos; seremos lo que somos.

La amnesia, por ejemplo, al borrar los registros, anula la realidad que da sentido a nuestra vida.

Sin amnesia de por medio, recuerdos y expectativas, acontecimientos, cosas y gentes, todo desaparece tragado por el tiempo. Cuando llega la vejez, nos asalta un sentimiento de frustración y el inevitable temor a la muerte. Nadie quiere dejar su cuerpo, su identidad. No nos resignamos a desaparecer. La teoría del psicoanálisis de Freud lo atribuye a un deseo inconsciente de inmortalidad inherente al ser humano². Sin embargo, si se nos concediera un alargue, lo consideraríamos insuficiente.

El tiempo real

Corresponde al Ahora, a la Eternidad y a una dimensión adicional: la quinta. Así como la célula no es consciente del órgano, la mente ordinaria no percibe la Eternidad. Para acceder hay solo una condición: que la Consciencia remplace a la mente. Cuando la mente se convierte en consciencia, ocurre el milagro: el tiempo desaparece; se anula el pasado y el futuro; o, mejor, coinciden, se encuentran. La eternidad es atemporal, solo un Presente Eterno. La revelación permite descubrir el verdadero rostro de la Realidad. Sin duda, el Zen es la escuela que ha hecho del acto total en el Ahora el axis de su enseñanza. Esa experiencia (satori) permite conocer nuestro rostro original (la esencia) antes de haber nacido³.

La Eternidad se identifica con el concepto de Dios. En la Biblia hay alusiones: “Yo, Jehová, el primero y yo mismo con los postreros” (Isaías, 46-4). “Yo soy el Alpha y Omega, principio y fin, el primero y yo mismo con los postreros” (Apocalipsis, 22-13). Platón comprendió el gran misterio: “Dios está abstraído de ambos extremos del tiempo, pues su vida no está en el tiempo, sino que es la Eternidad, el arquetipo del tiempo. Y en la eternidad no hay pasado ni futuro, solo el presente”. Maurice Nicoll, un representante destacado del Cuarto Camino, puntualiza: “Todo esto (la eternidad) se refiere a un orden de existencia que yace por encima (sic. Debe decir: encima) de nuestra comprensión natural, de un orden al que Eckhart se refiere al decir: “Tanto el primero como el último día están ocurriendo en el instante presente, más allá”⁴.

La eternidad, como concentración del tiempo, es –si se me permite el neologismo– la absolutidad y abre tema para asuntos tan controversiales como el mito del eterno retorno (la repetición de ciclos y de la historia) y la hipótesis de la reencarnación humana desde el pasado y el futuro⁵.

Sobreponerse a la ilusión del tiempo y acceder a la realización de la eternidad dentro de nosotros constituye la esencia de la Religión, ha sido el mensaje esencial de los maestros de la espiritualidad y determina nuestro nivel de comprensión de la realidad. Esa proeza solo se logra mediante la práctica de la meditación y de una ascesis. En Oriente, a esa ruptura con el tiempo ordinario se lo denomina samadhi (Yoga), sunnyata (Budismo), éxtasis o gracia (Cristianismo), satori (Zen), al fana (Sufismo), conciencia objetiva (Cuarto Camino). En Occidente, a falta de una tradición accesible a este propósito, durante las últimas décadas se recurre al consumo de drogas, especialmente las alucinógenas, como un sustituto para producir la alteración del tiempo y, con ello, un vislumbre de la eternidad.

Un asunto poco o mal comprendido en la enseñanza de Jesús es la correspondencia entre el Ahora y la Verdad. Cuando dijo: “... solo la verdad os hará libres”, (San Juan, 8: 31-32) obviamente que no se refería a una verdad intelectual, sino al estado de Consciencia de Sí (turiya en el budismo), a la condición de despierto, alerta, consciente de vida contenida en el instante. Para Jesús, el Ahora era la única verdad, y a esa experiencia se refería metafóricamente como el “Reino de Dios”. Maestros contemporáneos han insistido en el valor del Presente como soporte para la Iluminación. Destacan tres: Jiddu Krishnamurti⁶, Osho⁷ y Eckhart Tolle⁸.

El tiempo de vida asignado a cada uno de nosotros equivale a una ola; la eternidad, al océano. El problema radica en que no somos conscientes de nuestra eternidad interior. Quien la despierta establece contacto con su Ser, con su divinidad. Entonces, seguro de que la muerte es una ilusión, ya no lo afligirá el acabamiento físico. El extraordinario hallazgo concede lo que todos pretendemos vanamente mientras nos movemos en el tiempo ilusorio: una vida plena y auténtica.

¹ Cf. El Tao de la Física, Fritjof Capra, Editorial Sirio, p. 86.

² S.v. La vida eterna, Fernando. Savater, Ariel, capítulo segundo.

³ S.v. La Práctica del Zen, Taisen Deshimaru.

⁴ S.v. El tiempo vivo y la integración de la vida, edic. en pdf, p. 52.

⁵ Cf. Un nuevo modelo del universo, Pedro Ouspensky, Editorial Kier, Cap. XI.

⁶ S.v. La libertad primera y última, cap. 20.

⁷ S.v. Aquí y ahora y Consciencia.

⁸ S.v. El poder del Ahora.

Un secreto único: el desapego

Aziz Djendli

El desapego es exactamente lo contrario de la identificación. Mientras el primero nos produce calma y relajación, la segunda nos conduce inexorablemente al estrés o la inquietud. Nos identificamos con lo que está viviendo un vecino enfermo, o con una guerra en el fin del mundo; y como el hábito mental de identificarse rara vez es consciente y no está dosificado —aunque una cierta dosis es necesaria—, nos lleva a sentirnos mal, desasosegados, inquietos, intranquilos.

¿Esto quiere decir que tenemos que permanecer técnicamente desidentificados totalmente, sin sentirnos concernidos en absoluto por lo que nos rodea? La respuesta es: no. Se trata de tener en cuenta la dosis, como hacemos con un ingrediente importante al cocinar. Y se trata de una especia muy necesaria: el desapego.

Las instituciones, por muy pedagógicas o saludables que sean —la escuela, la familia, los medios de comunicación, los clubes deportivos u otras—, no invitan al desapego ni lo proponen porque lo desconocen, no lo tienen entre sus valores.

El desapego es una mirada sobre uno mismo y sobre el mundo que permite concederle una importancia relativa y no despreciable a lo que nos sucede, sin convertirlo en el centro del universo.

Una persona en vía de estabilizar su propio apego economiza su valiosa energía emocional que, de otra forma, la llevaría al estrés, la inquietud y la depresión. En una palabra, al malestar.

Analititis

La ‘analititis’ es una enfermedad crónica que consiste en analizarlo todo una y otra vez. También es un hábito neuronal, que resulta muy difícil de abandonar para la persona adicta, porque cree que se trata de su “identidad”, lo identifica con una forma de reconocerse a sí mismo, y le produce un simulacro de tranquilidad.

El correctivo de esta enfermedad existe desde siempre y forma parte de la conversión psíquica

positiva que usted está realizando: la sensación. Analizar es útil, pero debe encontrar el equilibrio y el momento de detenerse, que está en el sentimiento, en la impresión.

Así que uno puede decirse sin sentir vergüenza: “Algo huele mal en esta situación, no sé por qué pero lo siento así”. Ningún elemento analítico o racional demostrará en el mismo instante la razón de esa impresión.

Y, sin embargo, la práctica y la “escucha” de la sensación son elementos preciosos que están en el cerebro, y solo necesitan ser activados.

Equilibrar y reequilibrar

La memoria del bienestar y de la necesidad de positividad se mantiene siempre activa en todas las personas, y eso nos lleva a buscar constantemente, consciente e inconscientemente, nuestro propio equilibrio.

Hemos hablado ya de ese momento por la mañana que una persona puede consagrar a sí misma, para afirmar de manera directa, profunda y no verbal, su voluntad de permanecer en equilibrio interno durante toda la jornada. De alguna forma, esto contribuye a verificar los circuitos internos de comunicación con uno mismo y a afirmar el deseo tranquilo de estar disponible y receptivo a cualquier información útil que provenga de nuestro interior.

Así, aunque los momentos de vulnerabilidad o las posibilidades de desequilibrio aparecerán, serán tratados de manera atenta y les serán aplicados los correctivos pertinentes. Esto se puede hacer de diferentes maneras: desde mantener una sencilla postura correcta sentado en una silla, a mantener una conversación con un amigo, para sentir que el equilibrio regresa a nuestro interior.

Afirmación interior

Afirmar ante uno mismo la firme decisión equilibrada de hacer disminuir las tensiones emocionales es un acto decisivo.

Esta afirmación no tiene nada de violenta ni de excesiva. Requiere simplemente la constancia de los que comprenden hasta qué punto las tensiones emocionales son inútiles y perjudiciales, sobre todo cuando se dispone de técnicas para hacerlas disminuir.

Espacio interior valioso

Meditar, como ya habrá comprendido, no es una actividad complicada o mágica.

Tomarse un poco de tiempo para permanecer en un silencio positivo es una manera profunda de meditar. No es necesario ningún contexto especial, ni disponer de ningún tipo de accesorios (alfombras, velas u otros); simplemente se trata de poner en práctica la capacidad adquirida por entrenamiento de entrar en uno mismo, replegarse en uno mismo, y así tranquilizarse; y esto puede hacerse en el metro, durante una cena familiar o en una reunión de trabajo.

Lentitud positiva

Algunos campos cambian y progresan a gran velocidad, como la informática.

Pero para todo lo que se refiere a modificaciones positivas internas, existe una velocidad armoniosa, justa, que no se puede comparar con dominios que se miden con criterios externos, como la informática. Por eso, la lentitud útil y positiva contribuye a reforzar la propia identidad positiva.

Querer ir más de prisa que uno mismo, no solamente resulta contraproducente, sino que puede ser nocivo: un camino abierto a la tensión y a la baja autoestima. Armonizarse con uno mismo significa comprender las propias resistencias, la propia velocidad y la inutilidad de tratar de ir más allá de lo que resulta equilibrado y válido.

Exigirse demasiado, querer ir más de prisa que uno mismo son actitudes bien conocidas en el “mundo de los idiotas”.

¿Cómo cerrar las grietas culturales?

Luis Eduardo García

De haber nacido en un hogar acomodado, probablemente hubiera podido asistir a una buena escuela, estudiado desde pequeño inglés o francés, escuchado música clásica o practicado un deporte menos vulgar que el fútbol. Lo que quiero decir es que la economía de un hogar influye en la formación de un niño y moldea en cierta forma la personalidad que este tendrá después. La mala educación es un escollo para el arte, pero nunca un fundamento para el fracaso. La historia está llena de autodidactas y tipos que han hecho de la perseverancia un don.

Quien nace en un hogar pobre o relativamente pobre —como es mi caso— tiene que hacer un doble esfuerzo, correr dos veces la misma distancia o arriesgar el pellejo en doble vía para abrirse un camino en la vida. Y, sobre todo, en la vida literaria, tan competitiva en unos casos y tan despreciable en otros.

Estudiar en una escuela pública es llegar a formarse a la mitad —y esto es— leer desordenadamente, masticar una lengua distinta (el inglés, por ejemplo), cultivarse a cuentagotas en el arte, pulir con pasmosa lentitud la sensibilidad, relegarse en el gusto musical y conocer muy poco de viajes y culturas. Queda, claro, el consuelo de que los viajes mentales, como los de José María Eguren, también son enriquecedores.

En un sentido metafórico, una carrera artística de 100 metros planos es una competencia de doble salida. Primero van los que corren en mejores condiciones (los que tienen una sólida cultura). Ellos llevan una ventaja de veinte o treinta metros por lo menos. Luego parten los tembleques, los entrenados a duras penas, aunque rebosantes de pundonor y de buenos deseos. No se necesita ser un adivino para saber que los segundos siempre llegarán últimos. Pero por allí a veces sucede lo inesperado, salta la excepción que supera a la regla o aparece el outsider que cambia la historia del arte: César Vallejo, etcétera.

¿Cuántos libros ha tenido que leer alguien para llenar los grandes vacíos que tiene en su educación?

¿Cuántas películas ha tenido que mirar, cuántos discos de música oír y cuántas conversaciones seguir para estar a la altura de los desafíos que implica una vida artística? Por esta razón abundan los autodidactas; es decir, los que buscan por sí mismos suplir las carencias de su educación primaria y secundaria en arte, filosofía y literatura. Mal que bien, poco a poco, año tras año, fracaso tras fracaso, ellos tienen que domesticar al “salvaje” que llevan dentro y reducir en algo el abismo que los separa de quienes tienen una educación más esmerada.

Pienso que es fabuloso en todo caso partir de cero. Conforme alguien se esfuerza, estoy seguro que más disfruta de lo que aprende todos los días de su vida. Placer más gratuito no podría encontrar en el largo y a menudo ingrato camino del arte; sin embargo, lo que a otros les ha costado veinte años, a los que recibieron una mala formación en la escuela les significa cuarenta. Reducir esta brecha cultural es muy difícil, aunque estoy convencido que la perseverancia y la obsesión pueden transformar la realidad.

La literatura es una criatura voraz, un monstruo que exige más y más alimento, más y más información y más y más cultura. Así que resbalan estrepitosamente quienes piensan que escribir es cultivar el ocio o pasarse la vida entre sueños y entelequias. En otras profesiones que no sean las artísticas, esta brecha cultural de la que hablo se nota menos, quizás porque la falta de gusto estético se trasluce menos o se disimula con más facilidad. No puede haber por este motivo un escritor inculto o un artista inculto, aunque sí un economista o un contador ignorante en materia de arte. En todo caso, si hay escritores y artistas incultos es porque no están en condiciones de competir y, por lo tanto, no sirven para el oficio.

Por otra parte, ¿existen otras alternativas aparte del esfuerzo personal para llenar mejor las grietas espirituales del mundo moderno? Gilles Lipovetsky considera que existen vías distintas a la alta cultura que brindan placer, felicidad y creatividad a los hombres: el cine, la televisión, la publicidad y el cómic. Se trata de manifestaciones humanas que al lado de las grandes jerarquías estéticas de las que habla Vargas Llosa han creado un arte de diversión que produce emociones,

ayuda a reflexionar a la gente y a acortar las brechas culturales que padecen las grandes mayorías. Ahora que existe Internet ya no hay un solo centro y una sola periferia, sino varios centros y periferias a la vez, además de un mayor acceso a la información y una democratización de la cultura. Se trata de nuevas oportunidades que no se aprovechan como se debiera. Pese a las enormes dificultades que supone enfrentarse al arte o a las artes con una formación mediocre, es muy atractivo y desafiante, sin embargo, tratar de saltar con garrocha las dificultades del entorno inmediato y, sobre todo, pensar con un sentido universal. Acelerar el paso, acortar las distancias, hacer de las noches días, tomar el camino más corto, cultivarse como si el mundo se fuera a acabar, dejar de lamentarse porque se ha nacido en la periferia y no en el centro, pensar como ciudadanos del mundo y no como provincianos, desarrollar con placer y no con dolor una vocación; esa es la manera de reducir las brechas culturales y competir sin complejos en un mundo de salvajes e ignorantes. Lo contrario es llorar sobre la leche derramada.



*El activista no es quien dice
que el río está sucio.*

*El activista es quien
limpia el río.*

Ross Perot

Tenemos el poder de cambiar internamente

Kingsley L. Dennis

Tenemos el poder de cambiar internamente. Solo tenemos que pensar, percibir y darnos cuenta de que esto es cierto para que llegue a ser nuestra verdad. Vivimos dentro de un universo que es CONSCIENTE; en el que la consciencia reside primordialmente en un universo mental antes que material. Así que el futuro está donde ahora mismo estás sentado.

Nuestros ancestros humanos cultivaban una mayor conexión con el universo viviente, así como internalizaban afinidades y correspondencias con el fin de forjar una relación armoniosa con el mundo físico externo. El mundo de la materia se concebía en gran parte gracias a la esfera de la Mente. Pero hoy día el mundo del ser humano carece en gran medida de esta asociación inherente. Aun así, hay sobradas razones para que la luz resplandezca. Como revela un extraordinario extracto del diario inédito de Rumi: *“Llegué a casa tan agotado que ni siquiera podía levantar la cabeza, y me pregunté, ¿qué sentido tiene todo esto? Trabajo como un burro y por la noche solo estoy cansado, ¿de qué sirve?”* Y tras ello escribió: *“El sol sale por la mañana”*.

En nuestro mundo estamos bendecidos por un sol que siempre sale. Y aunque vivimos en un universo energético y consciente nuestra esfera terrestre es un mundo que para nosotros es muy real y material. Mediante esta combinación de la mente actuando sobre y a través de la materia podemos crear una relación entre nuestros yos externos y el ser interno de nuestro mundo interior. Tal es el gran trabajo alquímico, el verdadero arte de la transformación: *“transmutar lo indeseable en digno y de ese modo triunfar”*.

Para cada individuo el arte también consiste en vivir conscientemente y no ser un instrumento inconsciente entre las fuerzas polarizadas de la historia humana. Debemos sentir que el universo proveerá y favorecerá a aquellos que están en armonía con él. Pero cuando uno tenga esa conexión tiene que trabajarla y desarrollarla, no limitarse a dejarla colgando. La relación de atracción armoniosa debe mantenerse.



El ser humano posee el equipamiento necesario para el camino que tiene por delante; para el siguiente estadio de nuestra trayectoria evolutiva. Rumi también señaló que:

*“Nuevos órganos de percepción afloran como resultado de la necesidad.
Por lo tanto, oh hombre, incrementa tu necesidad, de manera que puedas aumentar tu percepción”*

Las herramientas humanas —nuestras funciones durmientes— están dentro de nosotros, esperando la necesidad de despertar. Crear esa necesidad es responsabilidad nuestra. Pedir la energía de apoyo necesaria es nuestro derecho y nuestro don natural.

Al fin y al cabo nunca estamos solos: estamos tan cerca o tan lejos del centro como deseemos.

Cualquier sensación de separación será lo que hagamos que sea. Podemos decir que cada persona está ligada a todo y a todos los demás. Cada entidad está constantemente en un estado de reciprocidad invisible. Todo lo que hacemos, grande o pequeño, está conectado con nuestro futuro e influye en él. No existimos en un vacío: estamos en un océano de vida vibrante. De modo que una persona que actúa en su

propio beneficio no está necesariamente ocupada en una actividad egocéntrica. Cualquier individuo que actúa con una intención enfocada y sincera afectará positivamente a aquellas personas y circunstancias que le rodean. Cuando los procesos de pensamiento se desarrollan y mejoran influyen de manera natural sobre su medio ambiente. Cada persona está implicada en un proceso de transmutación constante: *“La naturaleza del cambio no consiste en la transmutación de algo en otra cosa totalmente diferente sino que, simplemente, es un cambio de nivel, lo que supone una diferencia enormemente importante”*

La transmutación, sin embargo, puede operar en ambas direcciones. Dentro de nuestro medio físico, a menudo contradictorio y ambiguo, es de esperar que la consciencia (y la humanidad consciente) se esfuerce por un perfeccionamiento continuo en lugar de degenerar.

Nada es nunca lo que parece. En nuestro mundo físico aquellos elementos que parecen oponerse a menudo trabajan juntos. Tal es la naturaleza del mundo secundario: una sombra de la cueva de Platón, un reflejo de la luz desde su fuente, una

hoja soplada por el viento. Dentro de lo físico vemos y experimentamos causas secundarias. Nuestra racionalidad humana, como tal, se edifica sobre estas observaciones diluidas. Pero no debemos dejarnos atrapar por ellas. Esa racionalidad y ese ingenio pueden producir una onda sobre la superficie del mar, pero no dejan un rastro duradero. Sirva de ayuda recordar que muchas de nuestras herramientas de condicionamiento son defectuosas. De nuevo, como escribió Hakim Sanai:

*Si tú mismo
estás boca abajo en realidad,
tu sabiduría y tu fe
seguro que están patas arriba*

A veces necesitamos dejar atrás esas cosas. Una antigua máxima oriental nos recuerda que dejemos el burro a la puerta y no entremos en casa montándolo. Nuestros condicionamientos sociales son útiles en la medida en que nos traen hasta la puerta: luego es mejor que atemos el burro fuera.

También hay un cuento oriental del sabio loco Nasrudín que era un reconocido contrabandista y acostumbraba a atravesar una y otra vez la frontera montado en su burro, con sus alforjas. Los guardias fronterizos que conocían su reputación, solían revisar minuciosamente sus alforjas en cada ocasión en busca de objetos de contrabando. Pero nunca encontraban nada, lo que les dejaba absolutamente perplejos pues se daban cuenta de que, con el paso del tiempo, su riqueza personal iba aumentando visiblemente. Finalmente, años después, cuando Nasrudín ya se había retirado y se había ido a vivir a otro país, uno de los guardias se encontró con él. —Ahora me lo puedes contar, Nasrudín, ¿qué era lo que contrabandeabas y que nunca pudimos encontrar? —Burros—, fue su respuesta.

Las presunciones, como la de los guardias fronterizos, les impedían ver lo que estaba directamente frente a sus ojos. La percepción inamovible limita el campo de visión. De igual modo muchos de nosotros estamos inmersos dentro de nuestras propias redes invisibles de asunciones.

Una vez que “hemos dejado el burro fuera” (tomado distancia de nuestros condicionamientos y asunciones) podemos permitir lo increíble y dar la bienvenida a lo imprevisible. Dentro de las habitaciones interiores no hay lugar para un pensamiento de línea de ensamblaje (el así llamado fordismo del pensamiento). Fuera de la casa hay muchos pensamientos contradictorios que aparentan ser una afrenta a diversas creencias, ideales y razonamientos. Existen dentro de la oscilación

del péndulo de la polaridad; son las baratijas que distraen el ojo. Es el lugar donde todos veneramos fruslerías coleccionadas como recuerdos de alguna visita. A menudo se convierten en ornamentos para toda la vida. Nos adornamos con esos símbolos. Pero no necesitamos meterlos en casa. Podemos dejarlos fuera: no van a ningún sitio.

Dentro del ser interno no existen contradicciones. Simplemente es. El yo creativo, intuitivo yace dentro del corazón de la humanidad. Así que ¿a dónde vamos desde aquí?

La especie humana está en un extraordinario viaje de perfeccionamiento evolutivo. Es un sendero de consciencia pues la evolución humana es la evolución de la perfección consciente. Es un viaje energético repleto de fuerzas que nos unen a todos —individual y colectivamente— a un cosmos más grande. Dentro de ese entorno cósmico actúan leyes evolutivas específicas. Y tales leyes han estado operativas a lo largo de toda la historia de la Tierra. Son las leyes profundas que atraviesan las apariencias. Como ya he dicho; son las fuerzas creativas que han funcionado detrás del auge y la decadencia de las sucesivas sociedades y civilizaciones. Cada oleada subsiguiente, cada renovación forma parte del proceso continuo de evolución humana, cultural y espiritual. Si podemos comprenderlo estaremos mejor preparados para cambiar hacia nuevos y esclarecedores sistemas cognitivos. Y es primordial que ahora, en este estado acelerado de transformación, nos ayudemos a nosotros mismos, a nuestros seres queridos y a quienes están en nuestro entorno inmediato. Cada acto genuino de sinceridad energética produce un efecto positivo. Nada se desperdicia.

Las recientes convulsiones de nuestro mundo físico son reacciones frente a las energías evolutivas intensificadas. Física y espiritualmente estamos convergiendo hacia un futuro necesario. No hay nada que temer. Es tiempo de desactivar la vieja programación, las vetustas ansiedades y tensiones.

Ahora se nos convoca a preparar al ser humano para un rápido periodo de desarrollo y cambio. Es hora de *romper el hechizo*; es tiempo de activar y mejorar nuestro propio cambio energético. Cada uno de nosotros dispone de las herramientas necesarias y la capacidad inherente. Solo nos hace falta la intención y el compromiso.

La visión más general se va abriendo paso lentamente. Y todos nosotros viajamos a una velocidad acelerada hacia un inmenso acontecimiento.

El próximo estadio del viaje evolutivo de la humanidad será asombroso. Lo que importa sobre todo en estos tiempos es nuestro estado de consciencia.

El futuro está aquí —si puedes aceptarlo.

El camino de la atención



Cuando nos hacemos verdaderamente conscientes de nuestros comportamientos negativos, sentimos la inclinación natural de querer cambiarlos. Una vez que dejamos de descargar a ciegas nuestra energía, comienza una lenta transformación. Cuando surgen situaciones difíciles, ya no nos impacientamos ni reaccionamos con hostilidad. Cuando ocurre algo estupendo, no nos hinchamos de orgullo y satisfacción. Y, lo que es más importante, dejamos de ser una carga para aquellos que nos rodean y nos convertimos en una fuente de apoyo y fortaleza para ellos.

El corazón anhela ser colmado y eso es algo que no puede lograrse a través de la acumulación de bienes materiales. Más bien al contrario, debemos despojarnos del apego a cualquier cosa.

El camino del Buda consiste en deshacerse de esos apegos, del apego al mí y al mío, a la persona y luego al ser, y, finalmente, de aquello que resulta más difícil, pero también más necesario: el apego a la propia vida. Eso no significa vivir en la pobreza, sino desprenderse de los apegos que deforman la realidad. El orgullo, por utilizar una palabra, es lo que nos ensalza y aparta de las cosas, incluida nuestra propia naturaleza.

Ser humilde y bondadoso libera una energía increíble, y contar con la fortaleza para ser humildes y buenos no es cosa fácil. En ese sentido, el camino del Buda es un método para conseguirlo.

Hacer solo el bien, evitar perjudicar, vaciar el corazón, es el camino de todos los Despiertos.

FUENTE: DHAMMAPADA, “EL BUDA (EL DESPIERTO)”

Piense, no ensucie

David Novoa

Escribo este artículo precisamente al regresar de una caminata por la Campiña de Moche donde vivo. La caminata sirvió para constatar que esta inspiradora estancia natural que años atrás se ofrecía como un santuario regenerativo y refrescante para el alma, se abría ahora, entre sus sembríos y zonas silvestres, también con grises cascotes de cemento e intermitentes basurales entre los que se secaban ratas aplastadas en la pista y bolsas plásticas con comida, regadas entre el desmonte. Por momentos el hedor de ocultas chancherías fue asfixiante.

Esta es una breve descripción del trayecto que recorrí, pero es también un paisaje que se encuentra en cualquier lugar del Perú: Basura. Basura. Siempre basura. Basura por todos lados. ¿Por qué ensuciamos los peruanos? ¿Y por qué no reaccionamos ante nuestro paisaje atiborrado de basura?

Los peruanos hemos heredado pensamientos errados, costumbres rancias y disfuncionales ante la vida que han desencadenado en nuestra realidad. Pensar que un peruano es enemigo de otro peruano es una idea inspirada en distintos eventos de nuestra historia pero es finalmente lo que hemos elegido creer. Pensar que el Perú es un mendigo sentado sobre un banco de oro, que nunca tendremos un presidente capaz, que estaremos siempre sometidos a la ignorancia, que jamás se solucionarán los problemas del país, todo eso es basura mental. Esas ideas nos programan con disfuncionalidad pura. ¡Y esas ideas son comunes en nuestro consciente colectivo!

Esta mentalidad negativa es la fuente de toda la basura existente. La que se irradia desde nosotros mismos y se materializa cada vez más profusamente

en nuestras calles y campos; y así los campos y calles del Perú evidencian las malsanas formas de pensamiento de sus gentes. Si ha de haber un gobierno que de verdad cambie el panorama de nuestra realidad lo primero que tiene que hacer es aplicar un gran proyecto de limpieza mental a nivel nacional: Una

en el inconsciente colectivo, dolores que incesantemente han fecundado las mismas taras mentales generación tras generación: Racismo, clasismo, indiferencia, desgano, desprecio, falta de compromiso, ausencia de identidad, codicia, esta es la suciedad que se debe limpiar del alma de nuestra nación. Y

mentalidad.

Ya hemos manipulado el mundo de las apariencias, ya movimos las piezas del funcionamiento político y económico inútilmente, porque las verdaderas causas de los conflictos siguen intactas y por ello reaparecen los problemas. Mas perdidos en este círculo vicioso tratamos de resolverlos siempre de la misma manera: con leyes que nadie cumple. Es decir aplicando sobre las consecuencias y no sobre las causas nuestra voluntad de transformación.

La misma locura improductiva de siempre.

Así que no hablemos de ninguna estrategia, de ninguna doctrina, de ninguna política, hablemos simplemente de limpiar. Algo que cualquiera puede hacer. Pero, ¿limpiar qué? Limpiar primero el interior de las casas. Saquemos toda nuestra basura a la calle. Limpiemos desde adentro, desde el fondo, desde los techos, desde los corrales, desde los cuartos sucios, desde los desvanes antiguos, todas las cosas guardadas, las que no se utilizan, todos los cachivaches polvorientos que ocupan el espacio de lo que está anhelando venir a renovar nuestras vidas. Un Día de Limpieza Nacional. Limpiemos luego las calles, las esquinas —esos cúmulos endémicos donde todos tiran sus deshechos—, las canchas polvorientas regadas de plásticos y desmonte, los parques terrosos, las veredas, las pistas, salgamos, hombro a hombro, con el vecino a cuidar este lugar que nos cobija, que protege nuestro fugaz paso por la vida, el Perú. Y limpiemos, principalmente, la idea que ha motivado a que nos demos la espalda entre peruanos, a que le demos la espalda a la naturaleza y a que nos demos la espalda a nosotros mismos, el maligno pensamiento del: “YO SÍ, TÚ NO”.



gesta de profunda transformación del pensamiento, de afinación y elevación de lo que creemos de nosotros mismos. (La práctica de la meditación en todas las escuelas peruanas podría ser el primer paso).

Pero, ¿por qué ensuciamos los peruanos? Pues porque hay muchos entierros bajo el suelo de la Patria. Se han perpetrado muchas injusticias en toda la historia de esta tierra y se necesitan liberar los dolores guardados

para eso se necesita romper el dique que contiene los temores que se han acumulado durante todas las épocas. Se necesita sincerar las relaciones industriales, productivas, humanas, artísticas, laborales, religiosas, barriales, comunales, económicas, y desechar todo aquello que no ha funcionado. Solo entonces nuestras calles estarán limpias, solo entonces nuestros ríos volverán a su transparencia natural. Solo entonces habrá un cambio genuino en el Perú porque habremos cambiado la causa real de los problemas: nuestra

¿Qué es estar sucio? Es creer en esa idea. Es haber dejado que los condicionamientos interrumpen el contacto con uno mismo. Condicionamientos que exigen ser exitoso y no solidario, ser efectivo aunque destruyas y perjudiques, ser capaz de grandes logros materiales mientras por dentro nuestra alma sufre hambrienta y desnutrida. Por eso se han hecho tan “necesarias” las ya institucionalizadas juergas de fin de semana, las anestésicas visitas a los centros comerciales y el consumo excesivo de ropa, comidas y licores para olvidar que durante los seis días anteriores estuvimos funcionando dentro de un sistema perjudicial, perjudicándonos a nosotros mismos. Y así sigue marchando la maquinaria impulsada por la negativa fuerza de nuestra inconsciencia.

Cuánta destrucción de los bosques se perpetra en la costa, sierra y selva, cuántos gases venenosos vertemos al aire, cuántos productos electrónicos lanzamos al mercado —los que pronto llenarán gigantescos botaderos no degradables—, cuánto cianuro y mercurio se vierte sobre los ríos, cuánta toxicidad surge de chimeneas y de tubos de escape y de las grandes fábricas que producen los artefactos que usamos para nuestra comodidad.

Con la cabeza llena de fantasías colectivas vivimos sumisos a programas de robotización social difundidos por los medios y pretendemos ignorar la situación real, queremos evitarla y creer que aparecerán quienes cambien el panorama y que, por supuesto, este cambio no afectará nuestra comodidad ni nuestra seguridad. El cambio ocurrirá allá afuera y entre gente distante mientras observamos protegidos; al final, cuando se halla limpiado lo que estuvo por milenios enquistado, bloqueando el flujo saludable de nuestra convivencia, saldremos a la calle a disfrutar de esa transformación sin haber sufrido ni un rasguño pero también sin haber aportado ni una brizna. Esa mentalidad tan generalizada hace que simplemente nadie haga nada.

Que lo hagan los demás. Eso queremos todos: que lo hagan los otros, pero, por fortuna, los otros no existen. Los otros somos nosotros para los otros. Todos somos los otros. Todos somos lo mismo. Fuera de excusas y relativismos todos somos realmente individuos. Por eso es el individuo la clave del cambio. La masa no hará nada sino está conformada por individuos pensantes. Y no hay nada que esperar de nadie a excepción de uno mismo. Es uno mismo quien no debe tirar papeles a la calle o quien debe recogerlos para dar el ejemplo. No los otros. Es uno quien debe advertir a la persona que los tira y hablarle sin temor de que nos ensucia a todos cuando arroja su papel a la calle. No los otros.

Es uno quien puede unirse a las iniciativas de limpieza de parques o espacios o locales comunales en su barrio o es uno quien puede iniciarlas. Es uno quien puede evitar una acción que genere dolor, desunión, abuso en las circunstancias que afrontamos a diario en nuestra convivencia.

Es uno quien puede activar campañas de mejora en el trabajo, en la escuela, en el barrio, en el grupo de amigos, o espontáneamente en la calle.

Y es uno quien unido a otros individuos puede impedir que la codicia de las transnacionales destruya a nuestra madre tierra.

Decir que hay una gran indecisión en quienes exigen el cambio pero que no se atreven a cambiar, es limpieza, y decir que tememos enfrentar el cambio porque debemos reconocer primero nuestra complicidad en el actual orden de cosas, es limpieza. Y abrirse a la realidad y aceptarla tal cual es, y reconocer que el Perú es gente diversa, distinta, con otros intereses y necesidades, con otra educación, con otras proyecciones. Eso es limpieza.

Y que hemos empezado ya el gran conversadero, el Hatum Rimanacuy, aquí abriendo El Ojo Interior... eso es limpieza.

POR ESO PIENSE, Y NO ENSUCIE.

Delirios por el campo

Alberto Benavides Ganoza

En esta columna presentaremos poemas numerados en castellano y quechua. Salen de mis andanzas a pie, a caballo, en bicicleta, por los campos del valle bajo de Ica, provincia de Ocucaje. Salen del paisaje y de mi amor por la creación, la vida del mundo, el “alma del mundo” dice Platón, la Pachamama decimos en el Perú: el impulso creador del que formamos parte, en pleno misterio.

En esta columna publicaremos cada vez 3 ó 4 pequeños textos. Ellos proceden del libro Alto Espionaje, que fuera publicado el 2015, con traducción al quechua chanka de mi amigo y maestro José Antonio Sulca Effio.

Tres

En la soledad de esos desiertos recordé que no sé nada y el misterio que soy.

Kimsa

Chay purunkunapa sapan kayninpim mana ima riqsisqayta, mana yachana kasqaytapas yuyarqani.

Catorce

En el silencio de la mañana las montañas sagradas como la poesía no dicen nada.

Chunka tawayuq

Tutamantapa chulumpi willka urqukuna harawi kaqlla, manam ni imatapas ninkuchu

Dieciséis

Hemos devuelto a la tierra nobles calaveras de gentiles en las huacas de Samaca. Con reverencia las hemos enterrado. Somos huaqueros al revés.

Chunka suqtayuq

Apuskikunapa tullu umantam Allpaman kutiykachiniku Samaca wakakunapi Ullpuykus pam pampachaykuniku Tikrasqa wakirum kaniku

Treinta y dos

Una sombra nueva, qué maravilla un árbol que florece en el planeta porque pusiste en tierra una semilla: mira bien que es simple la receta.

Kimsa chunka iskayuq

Musuq llantu, llumpay sumaq, kay pachapi muqu churasqaykim sachaña waytachkan: allinta qaway recetaqa manam sasachu.

Yanantin:

la enseñanza andina de la complementación

Pedro Favaron

La penetración de Occidente en el continente americano causó una inversión del mundo, un vuelco violento que destruyó lo que era amado y bueno para los antiguos pobladores de estas tierras. Los pueblos precolombinos concebían que, cada cierto tiempo, acontecían unos temidos fenómenos llamados pachakuti; se trata de radicales reacomodos de las estructuras sociales, con sacrificio y dolor. Las consecuencias de aquel pachakuti provocado por las huestes conquistadoras parecen no haber pasado del todo. Es como si el acero afilado de las espadas y el estallido de la pólvora siguieran perturbando el fondo de nuestra consciencia social. Los Estados americanos se han levantado sobre el sudor, la sangre, la expropiación y explotación de los pueblos indígenas. Los traumas de la conquista persisten en nosotros y se manifiestan, de maneras más o menos encubiertas, en los conflictos de nuestra fracturada cotidianeidad.

Los soldados peninsulares venían de luchar por muchos años contra los musulmanes. El suyo era un país con hambre, en el que había pocos cultivos y se expandían epidemias mortales. A esos ejércitos los guiaba el fanatismo. Sus gobernantes sentían la necesidad de construir un nacionalismo católico para ganar cohesión interna entre las distintas etnias ibéricas. En ese clima político y espiritual hostil, lo diferente era considerado hereje, blasfemo, satánico.

Cuando llegaron a América se encontraron con un territorio heterogéneo; en él habitaban diversos grupos étnicos con fuertes tradiciones locales, con alianzas y parentesco entre sí, con formas singulares de diferenciarse y resolver sus diferencias. Los europeos inventaron el término indio a modo de concepción simplificadora de esa diversidad de naciones que despreciaron y quisieron someter.

Mucho de estas luchas culturales persiste al interior de las repúblicas actuales. Los modos de existir ancestrales aún siguen enfrentados a los proyectos de homogenización modernos y su fe en el progreso.

Las culturas diversas que nos componen, no llegan a entenderse ni a respetar siquiera su divergencia, a pesar de verse obligadas a convivir. La continuidad de los indígenas y de sus sabidurías ancestrales, de esos pueblos que juntos laboran una Tierra que consideran viva, imposibilita pensar a los mundos andinos en los términos políticos, económicos, psíquicos, culturales y ontológicos propuestos por la modernidad.



Una de las principales fuentes de malestar en las sociedades andinas es el enfrentamiento de las múltiples herencias que nos conforman. Nos resulta imposible cohabitar con aquellos que son diferentes; desconfiamos de ellos y los despreciamos. En el Perú todo el mundo tiene a quien despreciar. El racismo va en todas direcciones. No sabemos valorar las diferencias de nuestros prójimos e ignoramos cómo caminar juntos. Nos hemos olvidado de practicar los principios vitales de los sabios precolombinos. Ignoramos los conocimientos que permitieron a los antiguos prosperar de forma fecunda en estos territorios. Los prejuicios urbanos solo ven suciedad y retraso en el mundo indígena.

En ciertas variedades regionales de la lengua quechua o runasimi, aún se utiliza la palabra yanantin para hablar de la vieja costumbre andina de complementarnos los unos con los otros. El término yanantin está compuesto de la raíz yana. Yana, por lo general, significa color negro; pero también puede ser entendido como “ayuda”. El sufijo ntin, por su parte, es de naturaleza inclusivo, con implicancias de totalidad, inclusión espacial o identificación de dos elementos distintos como miembros de una misma categoría. Yanantin es ayudarse, trabajar juntos, vincularse para que todos prosperen. Esta práctica de la complementación fue, y sigue siendo, fundamental para los pueblos andinos. Se trata de uno de los aspectos más libertarios y saludables de nuestra herencia indígena. Nada vive separado del resto; resulta mucho más sabio el complementarnos con los demás, que el tratar de aniquilar las diferencias.

Suponían los antiguos que toda existencia tiene su complemento. Y aún mucho de esa concepción subsiste en las comunidades más alejadas del poder

central. No es bueno que cada quien avance de forma separada, tratando de imponer sus caprichos y sus designios a los demás. Cuando se dialoga y se vinculan los esfuerzos, el beneficio puede ser mayor y sus frutos compartidos en dicha, en celebración comunal y agradecimiento. Esta ética de la complementación es muy distinta a la doctrina de la competencia que se ha exacerbado en la sociedad moderna, y que es el fundamento de los sistemas económicos dominantes. En las alturas andinas todo ayllu o etnia se divide, en principio, en dos: los hanan, o los de arriba, y los hurin, o los de abajo. En la antigüedad, cada parcialidad tenía su sentido, su razón de estar en el mundo, y su misión, destinada a mantener el equilibrio existencial. Cada quien debía cumplir sus obligaciones sagradas, heredadas de sus padres desde tiempos inmemoriales. Si las diversas partes que componían la red de relaciones sociales cumplían sus responsabilidades, se garantizaba el bien vivir para el conjunto. El intercambio de productos, que hasta hoy vemos practicar en los mercados comunales, entre los habitantes de la puna y los del valle, por ejemplo, demuestra la importancia de la complementación.

El investigador Tristan Platt ha estudiado el yanantin entre los Macha de Bolivia. Él asegura que yanantin es coexistencia y complementariedad de pares (hanan/hurin, arriba/abajo; allauca/ichuq, derecha/izquierda; hombre/mujer, qari/warmi). Para explicar el concepto, Platt utiliza la imagen del espejo y la duplicación del reflejo. También afirma que el término yanantin expresa la simetría corporal que se establece entre ambas piernas, y entre los pies, los brazos, las manos, las orejas, los ojos, los senos y los testículos. Cuando solo funciona una de las partes de la relación, se pierde el equilibrio y la salud. Si la mano izquierda tratara de accionar en confrontación contra la mano

derecha, el resultado sería desastroso. Cuando ambas manos trabajan juntas, en cambio, se puede hacer la acequia y arar la tierra; se puede comer y sobrevivir. Cada pálpito surge entre fuerzas complementarias. Las alturas frías se complementan con los valles templados; y los valles templados se relacionan con los oasis costeros y las extensiones amazónicas. El hombre se vincula con la mujer, y cuando acoplan sus cuerpos conciben a los hijos. Uno no puede dominar al otro, sino que sus diferencias deben ser respetadas; y cada miembro de la pareja ha de cumplir con sus responsabilidades para mantener a la familia y la comunidad. El día y la noche también se complementan; como lo hacen el invierno con el verano, la primavera con el otoño, el calor y el frío, la lluvia y la sequía, la blandura del río y la dureza de la piedra. La Tierra se complementa con el Sol para dar origen a la vida. Lo masculino y lo femenino, lo positivo y lo negativo, muerte y vida, crecer y menguar, todo se sucede y se complementa. Y no hay uno si no hay el otro.

El equilibrio del cosmos está garantizado por la subsistencia de los diferentes. Nadie puede pretender imponerse sobre los demás de manera definitiva, al punto de querer destruirlos y borrar para siempre las singularidades de sus rasgos. Los desiguales se necesitan íntimamente para subsistir y alcanzar el bienestar, el sumaq kawsay, la vida hermosa, equilibrada y perfumada. Cada quien se reconoce como vida al interior de su complemento; y a su complemento como vida en uno mismo. La mujer vive en el corazón del hombre y el hombre vive en el corazón de la mujer. Tukuy ima qhariwarmi, todo es hombre-y-mujer.

Las lógicas modernas han expresado en múltiples ocasiones un sustrato autoritario contrario a esta complementación necesaria. Para los filósofos modernos, solo se considera verdad aquello validado por la ciencia; y se afirma que solo sus métodos de conocimiento son confiables y dignos de elogio.

Los pueblos indígenas fueron vistos como grupos retrasados, congelados en un estado primitivo de la evolución, sumidos en superstición y tiniebla. Se les oprimió, se les redujo, se les doblegó, fueron sometidos como esclavos. Cuando no se les aniquiló por completo, se pretendió silenciarlos y borrar toda particularidad. La expansión de la alabada "civilización" ha sido siempre labor de conquistadores, de gente bárbara y sanguinaria.

Se hará evidente que estas reflexiones no guardan solo una enseñanza teórica. La complementación es, ante todo, una práctica; y tiene profundas implicancias éticas, políticas, y aún psíquicas y espirituales. Rodolfo Kusch afirmaba que "en América... se plantea ante todo un problema de integridad mental y la solución consiste en retomar el antiguo mundo para ganar la salud. Si no se hace así, el antiguo mundo continuará siendo autónomo y, por lo tanto, será una fuente de traumas para nuestra vida psíquica y social".

Las ideologías de progreso se han impuesto de forma arbitraria sobre los pueblos andinos. La salud de nuestras naciones depende de que los mundos culturales que nos componen puedan dialogar con respeto, para juntos buscar el bienestar del conjunto social, y no solo el enriquecimiento ilícito de una de sus partes. No se puede persistir negando vida al mundo indígena, a sus saberes ancestrales, ni considerarlos un lastre que dificulta el progreso. Cuando aceptemos que llevamos esos mundos dentro de nosotros y aprendamos a respetarlos, comprenderemos que nuestra mayor riqueza es la diversidad de nuestras herencias. Y así retomaremos la salud fecunda.

La Tierra es una gran madre, dadora de nutrición. En ella todos sus elementos se complementan de forma justa y equilibrada para hacer posible nuestra vida. Sobre esta Tierra que conocemos y habitamos, la vida se genera a partir de la vinculación de los diferentes.

Y el vínculo es siempre una pulsión amorosa. El amor vence a la incompreensión, al odio, al resentimiento y al racismo. Nos ilumina, y nos permite contribuir en la iluminación de otros. Saca a la superficie lo mejor de nosotros y lo fortalece, lo vivifica, lo multiplica; y nos incentiva a descubrir lo más hermoso y lumínico de los otros, y apreciarlos en su belleza propia. Cada vida es única, singular, irreplicable. Ningún latido es igual al anterior. Ningún pájaro canta el exacto trino de otro. Y, sin embargo, cada singularidad es parte de un todo; nada está suelto, sin vínculo, sino que la ocurrencia de cada vida se da al interior de una red de relaciones. Hilos invisibles vinculan los pálpitos, los respiros, las heterogéneas formas de existencia. Como asegura Leonardo Boff, "todas las cosas se unen en un abrazo de convivencia... hay un Enlace que une y reúne todas las cosas y con el cual, mediante ritos, danzas, cantos y hablándole, podemos entrar en comunión".

Las múltiples y diversas formas de vida provienen de una fuente común, que todo lo engarza y lo sustenta.

El amor puede curarnos de las lógicas autoritarias que nos impiden experimentar la fuerza vital, invisible, que anima la existencia de todos los seres. El amor cura nuestra ceguera, y nos permite contemplar y vivenciar la hermandad de toda la existencia. Esta fraternidad no solo se da entre humanos de diferentes razas, sino que ocurre también entre los hombres y los árboles, los ríos y las estrellas. Somos descendientes del resplandor original. Cuando existe amor, los diferentes se respetan unos a otros, están abiertos a dialogar, a colaborar en búsqueda del bienestar común. El amor saludable no pretende eliminar al otro, aniquilarlo, ni robarle la voz. Por el contrario, expresa respeto, e incluso asombro maravillado, por la singularidad del otro. El amor es aceptación de que necesitamos del otro para completarnos y vivir bien.

CUENTO



Los tres filtros

Se cuenta que el discípulo de un Sabio llegó a la casa y le dijo:

—Querido maestro se dice que un amigo tuyo ha estado hablando mal de ti.

—¡Espera!—, lo interrumpió el Sabio, —¿has hecho pasar por los tres filtros lo que ahora me vas a explicar?

—¿Los tres filtros?—, dijo el discípulo.

— Sí. El primero es la verdad. ¿Estás seguro de que lo que me vas a decir es absolutamente cierto?

—Bien, no lo sé directamente. Me lo han dicho unos vecinos.

—Por lo menos—, dijo el sabio, —lo habrás pasado por el segundo filtro que es la bondad... ¿esto que me vas a decir es bueno para alguien?

—No, realmente, no. Más bien al contrario.

—Ah...entonces miremos el último filtro. El último filtro es la necesidad, ¿crees que es realmente necesario hacerme saber esto que tanto te inquieta?

—De hecho, no.

—Entonces—, dijo el Sabio sonriendo, —si no es verdad, ni es bueno, ni necesario, mejor lo enterramos en el olvido.

FUENTE: TRADICIÓN SUFÍ

La defensa de los espacios sagrados

José Carlos Orrillo



Triple espiral, Quebrada Santo Domingo, marzo 2015. Geoglifo actualmente destruido por invasores. Foto: David Mansell-Moullin

El Silencio. ¿Qué lugar en la ciudad puede darnos la experiencia del silencio? ¿En qué rincón urbano podemos conectarnos al vacío, a la experiencia primigenia, al retorno a los orígenes? ¿Podemos encontrar aún espacios en nuestras metrópolis donde las experiencias inefables —la comunión con lo sagrado— puedan sentirse con intensidad?

Aquí, en nuestras cárceles de plástico, cómodamente sedados por la tecnología y el internet, es cada vez más difícil hacerlo. Para conectarse con estas energías, el hombre debe salir de la ciudad. Debe, sobre todo, salir de sí mismo, dejar su sombra

urbana como una piel inútil dentro del armario y lanzarse a lo desconocido, desnudo y solo: sediento...

¿Qué hay más allá de mí? Las paredes de mi cárcel ¿existen? ¿Qué es lo que me une a la Tierra? ¿Por qué el Sol, la respiración del Viento, despiertan mis palpitaciones siempre? Solo quien se interroga de este modo, en la intimidad del silencio, está en camino hacia otros espacios...

Los Espacios Sagrados son los últimos reductos de la espiritualidad viva de la Tierra. Son esos lugares donde el hombre no habita —no puede hacerlo— porque otras energías habitan allí. Energías más antiguas, más sabias, más calmas que el hombre; pero que resuenan en él también. Por eso las necesita.

Estos espacios pueden estar ubicados en distintos entornos geográficos: la selva amazónica, los andes, el desierto costeño.

Pero siempre comparten algunas características comunes: poseen una extraordinaria calidad de energía; nos transportan hacia épocas anteriores a la presencia humana en la Tierra; son puertas o portales hacia dimensiones más elevadas de conciencia. Y muy frecuentemente, han sido venerados por las culturas ancestrales como verdaderos santuarios, como templos de la Naturaleza que se deben respetar. Nuestros antepasados, conectados con otras fuerzas y poseedores de conocimientos olvidados, reconocieron estos lugares

y los marcaron frecuentemente con petroglifos, huacas y caminos rituales...

Es un hecho reconocido que, en toda América, las culturas originarias veneraron estos espacios y los utilizaron como lugares de culto, templos naturales donde periódicamente se realizaban peregrinaciones y acciones rituales para recordar los mitos de los orígenes y renovar los vínculos de la comunidad con el cosmos. El Perú, considerado tradicionalmente como una gran huaca en el mundo andino, es una nación privilegiada: en su territorio posee muchos de estos espacios y algunos de ellos continúan activos y accesibles al hombre de hoy.

En el valle de Moche, en la costa norte de Perú, existe uno de estos espacios: la Quebrada Santo Domingo. Aunque está reconocida por el Estado Peruano como Zona Arqueológica Intangible, no es un lugar muy conocido fuera del ámbito científico, y ha sido poco estudiada hasta el momento. La zona está conformada por un sistema de quebradas secas y terrazas aluviónicas, tapizadas con una retícula de millones de pequeñas piedras de coloración rojiza que nos dan la sensación extraña, intemporal, de estar caminando en Marte.

Este paisaje rojo se enriquece con la presencia de signos culturales de otro tiempo: talleres líticos del período Paijanense, datados en 10,000 años A.C.; bellos y misteriosos geoglifos, de tamaño y datación diversa —muchos de ellos, más antiguos que las famosas Líneas de Nazca—; tambos, paravientos y caminos prehispánicos que se integran a un ecosistema donde la flora y fauna propia de las quebradas costeñas tiene una presencia importante.

La Quebrada Santo Domingo, definitivamente, es mucho más que su patrimonio arqueológico. Se trata de un paisaje cultural único, un verdadero espacio sagrado donde podemos conectarnos con las energías ancestrales que nos dieron la vida. El origen de nuestra cultura está ahí. Los símbolos esenciales de la cosmogonía andina están ahí. Entonces, ¿por qué es importante proteger un espacio como este? En primer lugar, por la imponente belleza de su paisaje y el patrimonio cultural que alberga, que son parte fundamental de nuestra memoria histórica y de nuestra identidad. Pero más allá de la cultura, en un sentido más universal, todo espacio sagrado es un territorio donde podemos recobrar la salud, la cordura, o vislumbrar el sentido de estados olvidados como “serenidad”, “silencio” o “sabiduría”. En ellos reposa la memoria más antigua de la Humanidad. Nuestros vínculos más profundos con la Tierra y el Cosmos, podemos entenderlos ahí. Son espacios de iniciación, de nacimiento, muerte y enseñanza. Los espacios sagrados son fundamentales para mantener el equilibrio de la Tierra; la vastedad de la experiencia

cósmica que ofrecen al hombre es inagotable.

Como peruanos y ciudadanos del mundo, estamos llamados a defender con nuestra vida los espacios sagrados. En el Perú, muchos de estos lugares están desapareciendo por el avance de las invasiones, el tráfico de tierras y la expansión urbana. En la mayoría de los casos, la gente que destruye estos espacios y el patrimonio cultural existente en ellos, actúa individualmente, guiada por intereses mezquinos, o pertenecen a mafias de traficantes de terrenos; en la base de este comportamiento siniestro se encuentran la ignorancia y la absoluta falta de identidad con su patrimonio. Para estas personas, el enriquecimiento personal vale más que mil años de historia.

Este ha sido también el caso de la Quebrada Santo Domingo, que desde hace algunos años y hasta el momento actual, viene sufriendo el impacto de una invasión que ha alterado irremediamente parte de su paisaje y ya ha destruido muchos de sus valiosos geoglifos. En abril de 2015, el sitio saltó a la luz a raíz de la destrucción del geoglifo Triple Espiral —una bellísima figura de 15 metros de largo— por parte de un grupo de invasores que utilizó maquinaria agrícola para arar sobre la terraza arqueológica donde se encontraba.

En el Perú y en el resto del mundo, la defensa de los espacios sagrados debe realizarse sin concesiones, sumando esfuerzos desde todos los ámbitos: Estado, organizaciones civiles e instituciones. Y ahora, cuando el sistema nos grita que ya no hay causas en el mundo por qué luchar, cuando se nos repite día tras día desde la TV que es mejor no pensar y ocuparnos solo de nosotros mismos, y que es mejor vivir distraídos, siempre con los audífonos puestos y el internet encendido, más que nunca hoy, es momento de actuar por lo único valioso que nos queda como especie humana.

Los Espacios Sagrados son el último reducto de la pureza en la Tierra: son lo más valioso que el hombre puede defender y debe empezar a hacerlo AHORA.

POESÍA

Morid antes de morir

“Temo a la muerte”,
decían los pájaros.
“¿Acaso la muerte existe
para aquellos cuyo corazón está unido a Dios?”,
contestó la abubilla.
“Mi corazón está con Él,
por lo que el tiempo y la muerte ya no existen para mí.
Pues la muerte es la ruptura del tiempo,
y el tiempo surge de nuestro apego
a lo que es perecedero”.

Attar



Geninne`s Art

La ofrenda del tiempo y el pago a la huaca

Nacho Alva

La ofrenda como símbolo, pago, sacrificio y alegoría de la sepultura, fue el primer rasgo ideológico de la humanidad en los milenios que transcurrieron entre la cacería nómada. Las ofrendas de animales constituyeron pagos a la madre tierra, al gran espíritu vital y proveedor; el sentido de agradecimiento y reciprocidad revistió el rito. Las ofrendas eran también objetos sagrados que simbolizaban esferas del cosmos y la humanidad: cuarzos, conchas, figurinas de barro crudo, seres míticos tallados en calabazos o madera, entregados en las cimas de las colinas, lagos o nacientes de ríos, en el límite del dominio tribal, en los parajes sagrados. Con la agricultura y la domesticación, el simbolismo de las ofrendas se reelaboró en torno a la revelación del ciclo vegetal como modelo del tiempo y ciclo de la vida. El surgimiento de los centros ceremoniales dividió el sentido de las ofrendas entre las dedicadas a los paisajes rituales y sus parcialidades cosmológicas y las dirigidas a los templos o huacas como ejes del mundo civilizado, ambos espacios interdependientes puesto que los templos configuraban colinas idealizadas. En el templo de Ventarrón, hace 4500 años, los recintos principales contenían un trono y un fogón, donde los líderes elevaban ofrendas incineradas, asumiendo la función de nexo entre los dos mundos. Ceremonias de sepultura de los templos marcaban cambios del tiempo y la sociedad. En Ventarrón, durante el enterramiento de la segunda fase, se colocaron dos ofrendas en el relleno arcilloso: una trompeta de caracol y un guacamayo con collar de siete cuentas de turquesa, símbolos de las dos parcialidades reunidas en el centro del cosmos. A lo largo del segundo periodo cultural, hace 3000 años, las culturas Cupisnique y Chavín lograron una gradual unificación ideológica mediante la multiplicación de templos y complejidad religiosa; el pago a la Huaca consistía en ofrendas líquidas contenidas en finas vasijas arrojadas a canales subterráneas: el carácter agrario del rito alimentaba al templo concebido como eje de la tierra, sus tres niveles escalonados conectaban tres mundos, idealizando la colina sagrada y el árbol de la vida; con las raíces en el inframundo y surgiendo de la tierra, captando del cielo la fecundidad cíclica del tiempo.

Hace 1500 años con los Mochicas resurgió la fastuosidad de los templos y ceremonias. En Huaca

de la Luna las ofrendas eran guerreros capturados durante el combate ceremonial entre clanes, el ritual de sacrificio vertía sangre desde lo alto de un promontorio rocoso dentro del templo simbolizando el origen del agua que cae y discurre sobre la montaña; libación de sangre, canibalismo y alimentación de animales sagrados hilaban el mito y rito, urdiendo metáforas y paralelismos: en la detallada iconografía la sangre figura mezclada o equivalente a un brebaje mágico compuesto por semillas de aspecto masculino (ulluchu) y femenino (amala), la carne y las partes del cuerpo de los sacrificados se asocian al maíz, base de la alimentación y producción de chicha. Sangre, pócima y chicha unían los tres niveles y dos parcialidades del cosmos y la sociedad; los pagos retribuían a los astros duales, a la tierra y su dicotomía marina. El ciclo del agua y la alegoría de la sangre simbolizaban el nexo entre los mundos y el discurrir de la vida; las ofrendas celebraban y pretendían propiciar o estabilizar los ciclos de lluvia, logrando la comunión de sociedad con naturaleza, del hombre con la eternidad. Rituales cruentos, dioses fieros y sacrificadores eran metáforas agrícolas que revelaban el significado de la vida. Sacrificios y ofrendas encadenaban las nociones de pertenencia y ancestralidad, la religión protegía la vida al sacralizar la muerte y reservarla para el altar más elevado como pago por el renacimiento cíclico.

Las culturas tardías como Lambayeque y Chimú, escindieron los rasgos animales de la religión, el poder político requirió de antropocentrismo para gobernar y expandirse; las ofrendas usuales fueron camélidos. Los Incas impusieron un ritual sacrificial unificador de las regiones conquistadas basado en la selección de infantes investidos y ofrendados ocasionalmente en las cimas nevadas¹, la pureza del pago comprometió y cohesionó el vasto territorio, reivindicando Apus y longevas creencias.

Hace 484 años, al iniciarse el choque colonial, las civilizaciones nativas acostumbradas a descifrar signos y sinos, interpretaron desesperadamente los estigmas de la destrucción y persecución ideológica. Cruz, pólvora y espada lograron instaurar el mensaje de la salvación por el sacrificio mesiánico, vida y tiempo enfrentados al misterio del juicio y la reversión de la muerte, la promesa del más allá a costa del desprecio

del aquí y ahora, de la tierra y la mujer; la invisibilidad del dios y el hermetismo se levantaron sobre todas las cosas, suplantando símbolo por escritura, vitalidad por culpa. Desde el primer momento el icono del suplicio y las manos clavadas confirió una visión atroz para los adoradores de la fuerza creadora del hombre y del sol, cuyos reyes antiguos se coronaban con diademas doradas que mostraban manos libres y abiertas al infinito. Una objeción de las culturas nativas a la religión del poder fue la adoración de imágenes humanas sin “poder” o “voz”, una idolatría de la cual paradójicamente se los acusaba²; el mundo al revés consideró herejías a milenarias creencias, despojando de valor espiritual al sol, a la tierra y el agua. Resistencia y sincretismo lograron en cinco siglos decantar rasgos atávicos, mixturados en la fe y las creencias.

Fundado sobre la destrucción de longevas civilizaciones se erige nuestro tiempo, trastocado y enfrentado, crítico y en permanente construcción.

Se llamaba Perú a naciones otrora prósperas, expoliadas perpetuamente desde la capital; hoy la decadencia política cimienta el centralismo y distrae el desarrollo de las regiones. Sin embargo en cada región sobreviven identidades con expresiones fuertes y claras como Qoylloriti; como los mejores chamanes, árboles del paraje sagrado y señores del “monte”; simbólicas como Yaguar fiesta; masivas como Señor de los Milagros. Contradicciones y paradojas del mestizaje, la hibridación renueva especie y cultura; el pensamiento adquiere quiebres y tonos graves con Vallejo, Valdelomar, Arguedas, Ribeyro. El arte plástico latinoamericano vislumbra reflejos de códigos ancestrales, intenta otra vez develar el universo inconmensurable del símbolo, el brillo de iconos remotos apuntando a la eternidad. Admirable la obra de los indigenistas; la magia de Tilsa, la atmósfera de Szyszlo. El lenguaje del arte se decanta en el tiempo revelando la ofrenda de la verdad, el pago por el aquí y ahora renueva el sentido de la eternidad; un mensaje profundo late en el corazón de las huacas, tan alto y limpio que desde Cuba José Bedía nos entrega un luminoso Pago a la Huaca... es que en la órbita de la mundialización las verdades profundas renacen desde sus raíces para reverdecer la tierra, nuestra madre Tierra.

¹ Colin McEwan y Maarten Van de Guchte, “El Tiempo Ancestral y el Espacio Sagrado en el ritual estatal incaico” en: La Antigua América, el arte de los Parajes Sagrados. The Art Institute of Chicago, 1993

² María Rostworowski, “Estructuras Andinas de Poder”, Instituto de Estudios Andinos, Lima, 1983.

Ojos que no ven, corazón que no siente



Sin duda haría falta mucho tiempo, energía y recursos para poner fin a las diversas formas de violencia, abuso y discriminación que siguen afectando a nuestros semejantes. Pero en la actualidad, dichas prácticas son cada vez claramente desaprobadas y consideradas inaceptables.

Los maltratos con respecto a los animales siguen, en su mayor parte, siendo ignorados, tolerados e incluso aprobados. ¿Por qué ignorados? Porque la aplastante mayoría de esos maltratos se infligen a los animales lejos de las miradas, en las empresas de producción industrial y los mataderos. Y la industria agroalimentaria ejerce una censura tácita pero hermética, asegurándose de que ninguna imagen chocante sale de sus recintos de tortura. En la actualidad, en los países ricos, los animales que vemos no son los que comemos. Un estudio, realizado en Estados Unidos, ha revelado que en el medio urbano, la mayoría de los niños de cinco años no sabían de donde procedía la carne que consumían. A la pregunta: “¿Comes animales?”, la mayoría respondía: “¡No!”, enfáticamente, como si la idea les chocase. De hecho, los niños casi siempre sienten una simpatía natural por los animales y son muy afectuosos con los que frecuentan.

Tolstoi y toda su familia fueron vegetarianos estrictos. Su hija cuenta que una tía carnívora, invitada a comer, había avisado que ella tenía que comer carne. Al llegar a la mesa se encontró un pollo vivo atado a su silla ¡con un cuchillo afilado junto a su plato! Se ha demostrado que la mayoría

de los humanos experimentan una profunda repugnancia a matar a uno de sus semejantes. Pero matar a un animal también es un acto perturbador. Para evitar la aversión que podría sentir el consumidor representándose al animal vivo y luego todos los sufrimientos por los que pasa antes de alcanzar su plato, la carne de los animales se presenta como un producto manufacturado, de manera que el consumidor ya no establece el vínculo entre la comida y el ser que ha perdido la vida para proporcionársela. Es lo que señalara Paul Claudel en 1947:

“En mi juventud, las calles estaban llenas de caballos y pájaros. Ahora han desaparecido. El habitante de las grandes ciudades solo ve a los animales bajo el aspecto de la carne muerta que le vende el carnicero. (...) Ahora, una vaca es un laboratorio vivo. (...) La gallina trotamundos y aventurera ha sido encarcelada y cebada científicamente. Su valor es una cuestión matemática. (...) No hay más que máquinas útiles, almacenes andantes de materia prima...”

Muchos niños no acaban de acostumbrarse a comer carne más que ante la insistencia de los padres. A ello se añaden los esfuerzos deliberados de la industria acerca de engañar al público sobre la naturaleza de las granjas modernas, corriendo así un tupido velo entre ellos y la realidad. En los libros de imágenes y los dibujos animados sobre los animales de granja, se les ve retozar felices y vivir tiernamente con sus pequeños en lugares espaciosos donde la vida parece grata.

La matanza masiva de los animales

Genocidio frente a zoocidio

Cada genocidio es único por lo específico de los horrores perpetrados. Comparar el Holocausto, el genocidio de Camboya o el de Ruanda a cualquier otra tragedia es, en cierta manera inaceptable, por deferencia hacia quienes han sido víctimas de tales matanzas. Sin embargo, la singularidad de cada uno de estos genocidios no debería en ningún caso impedirnos comprender sus causas y analizar las circunstancias que han permitido que se produzcan e incluso que se reproduzcan.

¿Qué hay de la masacre de animales? Proponemos hablar de zoocidio, porque los animales son sistemáticamente matados en gran número. El zoocidio no puede situarse en el mismo plano que el genocidio de humanos —las diferencias son esenciales—, pero existen puntos en común que es imposible pasar por alto.

Está claro que debemos preocuparnos sin descanso de todos los seres humanos que sufren, son torturados, violentados y privados de derechos en distintos países. Pero eso no nos impide de ninguna manera mantener los ojos igualmente abiertos sobre los malos tratos que infligimos a los animales. Los sufrimientos inconcebibles que perpetramos año tras año constituyen un desafío a la ética contemporánea. Fingir que se ignora su existencia no hace sino mantener la distancia creada por el silencio, así como la indiferencia, que, en el caso de los genocidios humanos, conducen a no intervenir más que un poco, demasiado tarde o, en el caso del asesinato masivo de animales, no intervenir de forma alguna. Conceder un inmenso valor a la vida humana no debería conllevar que negásemos el valor de la vida de los animales.

FUENTE: MATTHIEU RICARD –
EN DEFENSA DE LOS ANIMALES

El Jardín



Había una vez, cuando el arte y la ciencia de la jardinería aún no estaban bien establecidos entre los hombres, un maestro jardinero. Además de conocer las cualidades de las plantas, sus valores nutritivos, medicinales y estéticos, se le había concedido el conocimiento de la hierba de la longevidad y vivió muchos cientos de años.

Durante generaciones sucesivas visitó jardines y cultivó lugares en todo el mundo. En un lugar plantó un jardín maravilloso e instruyó a la gente en su cuidado e incluso en la teoría de la jardinería. Pero, al acostumbrarse a ver que algunas plantas crecían y florecían todos los años, pronto olvidaron que las semillas de algunas tenían que ser recogidas; que algunas otras se multiplicaban al cortarlas; que otras necesitaban mayor abundancia de agua; etcétera. El resultado fue que con el tiempo, este jardín se hizo salvaje y la gente empezó a considerar que este era el mejor jardín que podía existir. Después de dar a estas personas muchas oportunidades para aprender la jardinería, el jardinero los expulsó y reclutó a otra población entera. Les advirtió que si no mantenían el jardín en orden y estudiaban sus métodos, sufrirían por ello. Ellos, a su vez, lo olvidaron y, puesto que eran perezosos, cuidaron solo las frutas y las flores que se daban con facilidad y dejaron morir las otras. De tiempo en tiempo, algunos de los que habían aprendido primero, regresaban para decirles: “deben hacer esto y aquello”. Pero ellos los alejaban gritando: “Ustedes son los que se alejan de la verdad en este asunto”.

El maestro jardinero persistió. Donde pudo, construyó

otros jardines y, sin embargo, ninguno era perfecto, salvo el que él mismo atendía con sus principales asistentes. Cuando se supo que había muchos jardines y aún métodos de jardinería, las personas de un jardín iban a visitar a las de otro para aprobar, criticar o discutir. Se escribieron libros, se efectuaron asambleas de jardineros, y estos se dispusieron en categorías de acuerdo a lo que pensaban que era el orden correcto de prioridad.

Como es común entre los hombres, la dificultad de los jardineros estriba en que son atraídos demasiado fácilmente por la superficialidad. Dicen: “Me gusta esta flor”; y quieren que a todos los demás les guste también y, a pesar de su atractivo o abundancia, puede ser una hierba que esté ahogando a otras plantas, las cuales podrán proveer medicinas o alimentos que la gente y el jardín necesitan para su sustento y permanencia. Entre estos jardineros existen los que prefieren plantas de un solo color. A estas las describen como ‘buenas’. Hay otros que solo cuidan las plantas, y rehúsan ocuparse de los caminos o de las entradas o aún de las cercas.

Cuando finalmente el viejo jardinero murió, dejó como herencia el conocimiento completo de la jardinería, distribuyéndolo entre las personas que comprendían, de acuerdo a sus capacidades. Así, tanto la ciencia como el arte de la jardinería quedaron como una herencia dispersa en muchos jardines, y también en algunos informes que se hicieron sobre ellos.

Las personas iniciadas en un jardín o en otro, han sido poderosamente instruidas acerca de los méritos o defectos del mismo, según el modo de ser que tienen

los que habitan allí, aunque estos habitantes son incapaces, a pesar de que hacen un débil esfuerzo, de darse cuenta de que deben volver al concepto de “jardín”. En el mejor de los casos, generalmente, solo aceptan, rechazan, evitan juzgar o buscan lo que ellos imaginan que son los factores comunes.

De tiempo en tiempo aparecen verdaderos jardineros. Es tanta la abundancia de los semi-jardines, que cuando la gente oye hablar de uno verdadero dice: “¡Oh sí! Tú hablas de un jardín como el que nosotros tenemos o imaginamos”.

Tanto lo que tienen como lo que imaginan es defectuoso. Los verdaderos expertos, que no pueden razonar con los seudojardineros, se asocian en su mayor parte con ellos, poniendo en este o aquel jardín, una parte de la totalidad, lo cual permitirá mantener su vitalidad hasta cierto punto. A menudo se ven forzados a disfrazarse, ya que las personas que quieren aprender con ellos, pocas veces saben algo sobre el hecho de que la jardinería, como arte y como ciencia, forma la base fundamental de todo lo que antes han escuchado. Por eso formulan este tipo de preguntas: “¿Cómo puedo hacer para obtener flores más bellas de estas cebollas?”.

Los verdaderos jardineros pueden trabajar con esta gente porque a veces se puede hacer surgir verdaderos jardines para el beneficio de la humanidad. No duran mucho, pero es solo a través de ellos cómo el conocimiento puede ser realmente adquirido y las personas pueden llegar a ver lo que realmente es un “jardín”.

Fuente: TRADICIÓN SUFÍ